

Las Buenas Familias de Barcelona

Gary Wray McDonogh

Barcelona, Ediciones Omega, 1989, 321 págs.

«Ante la noción que *«Los sociólogos estudian la sociedad, mientras que los antropólogos estudian la cultura»*, uno piensa que difícilmente podrían estudiar ninguna de las dos sin estudiar en cierta medida ambas. Sin embargo, la idea ciertamente contiene algo de verdad: hay algunos antropólogos que se ocupan de los aspectos cognitivos sin desarrollar un concepto amplio de la estructura social; y los sociólogos, en sus descripciones de la sociedad, a veces prestan muy escasa atención a cosas como ideas, conocimiento, creencias o valores» (U. Hannerz, 1986: p. 21). Según esta reflexión de U. Hannerz el quehacer del antropólogo urbano es tan amplio y complejo, que requiere un conocimiento holístico de los terrenos sociales y culturales que explora. En esta línea de pensamiento se sitúa el espléndido trabajo de Gary Wray McDonogh sobre *Las Buenas Familias de Barcelona*.

Gary W. McDonogh parte del estudio del Gran Teatre del Liceu de Barcelona, para lograr un análisis riguroso y profundo, no sólo de la estructura social de una época, finales siglo XIX y principios del XX, sino de los valores, creencias y forma de vida de la élite barcelonesa. Logra diseñar, a través del «impacto simbólico del Liceu en la conciencia urbana» dos introspecciones: la primera, el valor de la época en la creación y reafirmación de la cohesión de la élite; y la segunda, la trayectoria de un mundo cambiante. Asimismo, el análisis del Liceu como proceso histórico, nos da a conocer el significado de la aparición de la élite mercantil-industrial y de su conciencia; a la vez que entraña una visión de relaciones de clase, dinámicas y de conflicto social a través del tiempo.

Desde una perspectiva simbólica para G. W. McDonogh, el Liceu es una metáfora esencial de la conciencia elitista y escenario del conflicto social. Define al Liceu como símbolo clave de la Barcelona moderna. En esta definición, pieza central del libro *Las Buenas Familias de Barcelona*, tiene lugar una historia social de poder, que el autor nos ofrece de manera sugerente y brillante.

El libro está bien estructurado e ilustrado, consta de índices de materias, figuras y tablas. Las figuras nos muestra de un detalle exquisito del autor, así como su interés en ilustrar el escenario de los acontecimientos que analiza. Desde una perspectiva urbanística y antropológica, las figuras relativas al Cementerio «Nuevo» de Montjuic y el «Viejo», nos muestran los cambios habidos en la ubicación, organización y diseño de los mismos. El estudio del Liceu (figuras 35, 36, 37), desde una perspectiva institucional y de significación simbólica, permite apreciar, como su distribución en palcos y pisos es clave para entender la estratificación social, la cohesión de clase y el

control que la élite ejercía sobre la ciudad. Para G. W. McDonogh, el Liceu y el Cementiri Vell comparten un modelo ideológico de estructura social, cuya pieza central es la familia, la familia entendida como unidad básica de la sociedad ordenada y estable. «Las tumbas y los asientos del Liceu delineaban las fronteras entre los distintos hogares y marcaban las pautas de su mutua interacción. La sucesión familiar establece un derecho a poseer una tumba y un lugar en el Liceu. Tanto uno como otro vinieron a ser una prolongación del hogar familiar» (p. 263). Esta forma de ilustrar el libro resulta muy acertada, dado que los cambios habidos en los escenarios, descritos por G. W. McDonogh, coinciden con los cambios sucedidos en la sociedad barcelonesa, la obra adquiere así un tono armónico y riguroso, que el autor desarrolla con soltura y con acierto.

De *Las Buenas Familias de Barcelona* destaca, el valor especial de la familia como metáfora, por sus múltiples significados y su proyección cultural. La familia, como imagen cultural, se representa como entidad fundamental a través de la cual se realiza la integración en la sociedad y la diferenciación con respecto a otros grupos Gary Wray McDonogh estudia la estructura y dinámica de la familia catalana a lo largo del tiempo. El capítulo III trata a la familia como símbolo político, y nos hace ver como la clase alta industrial de finales de siglo se valía de la familia como único medio de respuesta a dos amenazas políticas. Una de ellas, las pautas matrimoniales y de herencia contenidas en el Código Civil Catalán, que expresaban la unidad de los catalanes como contrapunto a otros grupos étnicos dentro de España; y otra respuesta la encontramos en la casa, vista como encarnación de la jerarquía, que era utilizada como símbolo a través del cual se podía gobernar al proletariado. De esta forma vemos, por un lado, como la ley se constituye en piedra angular de la identidad catalana, y por otro, como la masía o casa pairal es el símbolo material de la continuidad del linaje y la solidaridad de sus miembros. La masía, núcleo de producción autosuficiente, queda desplazada cuando surge la familia industrial urbana y la residencia se separa del centro de producción; la unidad física de la familia como grupo unitario productivo se deshace, pero la unidad económica de la casa familiar continúa existiendo bajo formas nuevas. La vivienda unifamiliar dio paso a la sociedad anónima familiar. La ley jurídica de 1893 tenía por propósito hacer derivar la sociedad industrial de la familia, «la imagen de la familia se fue consolidando de tal manera que toda la industria nacional adquirió la apariencia de una inmensa familia» (p. 71).

G. W. McDonogh ve en el sistema patriarcal catalán un control total sobre la educación, la profesión y la personalidad de los hijos. El hecho de que dentro de la vida de la sociedad anónima no haya existido medio posible de jubilación, ha producido un fuerte vínculo Padre-Hijo. El *hereu*, es el continuador de la personalidad del padre y de la unidad de la familia, es el patrono por excelencia, el que mantiene la casa, salvándola de la disolución, de la división, que es para ella sinónimo de muerte. La propagación y continuidad de la riqueza ha sido durante mucho tiempo representada en Barcelona por la conocida «Ley de las Tres Generaciones». Según esta ley, la sucesión pasaba del padre al hijo y al nieto. Gary W. McDonogh a través de la biografía de Eusebio Bertrand Serra, uno de los industriales barceloneses más destacados del

siglo XX, nos describe este estereotipo de modelo generacional, propio de la familia industrial catalana.

La aparición de la sociedad anónima ayudó a formar estructuras más sólidas para las clases dirigentes. La relación entre los hermanos varones de las familias de la élite cambió, a causa de la industrialización y los nuevos modelos de capitalización. El mayor cambio, fue la sustitución del único heredero por la inclusión de todos los demás hijos. Este cambio no se produjo en el código legal, sino que más bien fue una de las prácticas de la élite. Gary W. McDonogh analiza cada modalidad de sociedad anónima, en función de los cambios sufridos a lo largo del tiempo, para comprender la organización social de la vida económica. Ha analizado, el Registro Mercantil en Barcelona; *la Sociedad Regular Colectiva y la Sociedad Anónima*.

El capítulo V, estudia el desarrollo económico de la élite desde dos perspectivas complementarias: una sigue la línea de las distintas inversiones y redes de relaciones de una familia en particular, los Guell; el estudio se centra, en las estrategias a través de las cuales una familia establece relaciones económicas, tanto en la vida pública como privada, y en el cambio de tales relaciones en el tiempo; la otra perspectiva contempla, el análisis de tres de las instituciones económicas más importantes, la *Caixa de Barcelona*, el Grupo López, y el Grupo Arnús. El capítulo termina con un fenómeno reciente, la figura del administrador gerente-profesional, grupo de poder tecnocrático que sirvió también para determinar las fronteras y los límites de la cohesión social de una élite. «Compartían con los propietarios intereses económicos comunes pero no establecieron con ellos uniones matrimoniales ni relaciones de parentesco, que era de hecho, lo que unificaba a las buenas familias.» La familia es, por excelencia, el modelo ideal sobre el cual poder organizar la jerarquía de los intereses de clase que habfan emergido en la Cataluña industrial. Las mujeres eran el medio a través del cual las familias se emparentaban entre sí. El parentesco puede ser considerado en este contexto, como un procedimiento y una práctica de la misma índole que cualquier código formal. Las pautas matrimoniales constituyen un elemento clave para comprender la diferenciación de las categorías sociales. Vicens Vives ha definido a la clase dirigente barcelonesa, como un fenómeno de concentración social resultado de la práctica de una endogamia de clase o, por lo menos, resultado de una acumulación de capital. En las clases altas catalanas, el matrimonio era el signo de madurez más importante. El hombre no podía casarse hasta haberse establecido en los negocios. El estudio que G. W. McDonogh hace del matrimonio, es una buena muestra, de como esta institución se plantea como una estrategia histórica. Vemos como los matrimonios barceloneses han sido, no tanto un vehículo de ascenso social, como una confirmación de las exigencias que imponía la condición social; los matrimonios, por tanto, representaban un intercambio equilibrado de capital social y económico. Durante los ciento cincuenta años de formación del grupo de élite estudiado por G. W. McDonogh, los matrimonios de todas las familias de la élite, se han realizado dentro de unos límites determinados, no se encuentran reglas

explícitas pero sí ciertas consideraciones tales como disponibilidad, riqueza, aspiraciones sociales y red de relaciones potenciales; de los ochocientos casos estudiados por él, encontró cuatro de desigualdad social radical entre los cónyuges.

El capítulo que dedica a la educación de la élite, nos muestra como, desde la conducta lingüística, las normas de urbanidad y en un sentido más amplio la educación, son factores claves en la diferenciación de las clases sociales. Los hábitos, costumbres, formas de pasar el tiempo y el ocio, eran también elementos que ayudaban a reforzar los lazos de grupo. Comillas, como residencia de verano, se convirtió en núcleo sociocultural de la élite. En cuanto a la educación de las mujeres de élite, la evolución del capitalismo urbano, no les ofrecía nuevas oportunidades. Su educación seguía consistiendo en saber estar en sociedad, adquirir conocimientos básicos de literatura, música y arte, pero no títulos académicos. La iglesia y la clase alta, coincidían en ensalzarlas como figuras de la vida doméstica y maternal. El papel social de la mujer en la élite catalana no deja de tener gran importancia, ya que es una pieza clave en el difícil juego de las redes sociales. Gary W. McDonogh nos comenta, como en las conversaciones con sus informantes, «las mujeres son capaces de seguir el hilo de parentesco a través de cinco generaciones». Los hablantes sitúan a cada persona dentro de un tejido de relaciones personales, en las que los factores principales tenidos en cuenta para localizar a las personas son: el parentesco, las historias familiares, la residencia, los enlaces matrimoniales, la educación, las relaciones sociales y el aspecto físico.

La familia y la ciudad, como poder y creación de las manifestaciones culturales, nos amplía la visión de como la familia catalana ha sido la base de la imagen cultural, además de institución socioeconómica; para ello el autor analiza dos instituciones representativas de lo que él llama, una «sociología» elitista de la sociedad industrial: el Cementiri Vell y el Gran Teatre del Liceu, construidos ambos en el siglo XIX bajo el mecenazgo de la élite naciente. El cementerio, como imagen urbana y reflejo de cambios, representa también la unidad social y económica ante la muerte. El Liceu, gracias al espléndido trabajo de investigación de Gary W. McDonogh que penetra en su estructura y significado, se constituye en centro de confrontación social urbana. Un análisis de la tragedia social (dos bombas lanzadas desde el gallinero a los pisos inferiores, una explotó y mató a 20 personas) acaecida en el Liceu la noche de apertura de la temporada en 1893, muestra el significado ideológico del Liceu como una proyección del orden social de Cataluña y la estabilidad del control que la nueva élite pretendía ejercer sobre dicha sociedad.

Las Buenas Familias de Barcelona es una muestra ejemplar de estudio antropológico en el que se conjugan, el complejo análisis de una élite, su estructura social definida por la dinámica de la familia, con una visión holística de la sociedad barcelonesa; todo ello desde un enfoque diacrónico, en el que el paso del tiempo nos muestra la cohesión y cambio habidos en la sociedad barcelonesa.

Isabel Yagüe